

EXPERIENCIA Y REFLEXIONES
EN COOPERACIÓN AL DESARROLLO
ARQUITECTURA Y COMPROMISO SOCIAL,
1994-2011



Primera edición · Abril de 2012

Edita

Arquitectura y Compromiso Social

Autoría de los textos

(orden alfabético de nombres)

Alejandro Muchada Suárez, Belén Jiménez Maya, Bernardo Gómez Delgado, Elena Meregalli, Esteban de Manuel Jerez, Isabel de la Vega Meroño, Jaime Díez Honrado, José María López Medina, José Carlos Babiano Álvarez de los Corrales, Marina Lagos Mariñansky, Marta Solanas Domínguez, Michela Ghislanzoni, Stefania Scarmardi Fortuna y Ventura Galera Navarro.

**Maquetación, diseño gráfico,
visualizaciones e ilustraciones**

Alejandro González Rodríguez · <http://60rpm.tv>

Imprime

Servigraf S.L.

Licencia

Este libro y sus contenidos está sujeto a una licencia *Creative Commons Reconocimiento - CompartirIgual (by-sa)*

Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

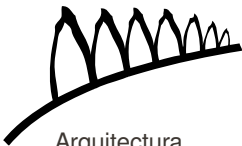
ISBN

978-84-615-7376-9

Depósito Legal

Impreso en España.

Este libro cuenta con la *Ayuda de Gastos de Funcionamiento a Asociaciones Universitarias* de la Universidad de Sevilla



Arquitectura
Compromiso Social



UNIVERSIDAD DE SEVILLA

impresiones

***Housing without
housing au Maroc,
encuentros y recuerdos
de Marruecos***

«Si entre muchas verdades, eliges una sola y la persigues ciegamente, ella se convertirá en falsedad, y tú, en un fanático.»

Lapidarium II, Ryszard Kapuściński

«Aquel que busca la Verdad fuera de sí mismo, su camino se encuentra, alejado de su meta.»

Sayj Alaoui, maestro sufi

Introducción

El conjunto de encuentros y recuerdos recogidos en este escrito, tuvieron lugar en Marruecos, durante los años 2007, 2008 y 2009. En aquél entonces, estuve trabajando como arquitecto y gestor social, para la asociación y ONG-D *Arquitectura y Compromiso Social*, a la que pertenecía, y con la que llevaba colaborando como voluntario varios años.

Gracias a ella, y al impulso del profesor Esteban De Manuel, tuve la oportunidad de vivir una experiencia personal incomparable. Volcado en aquel territorio de forma permanente, tuve que aprender —a base de cabezazos— a deconstruir mi identidad y mi forma de pensar, para elaborar una nueva.

Tras los dos primeros años en Larache, en el proyecto de consolidación urbana y social del barrio de Jnane Aztout, me mudé a Rabat, para conocer con mayor profundidad la realidad marroquí. Allí, tuve muy buenos amigos, y encuentros profesionales, que me permitieron ampliar mi mirada, y avanzar en la importante herramienta de los idiomas y la historia.

Tras estos tres intensos años en Marruecos, decidí volver a la Tierra, allá donde residían las personas que más apreciaba, y allá, dónde se ubicaba mi identidad. Al regreso, todo parecía haber cambiado de forma radical, a pesar de que la distancia entre ambos, el Norte de Marruecos y el Sur de España era geográficamente ínfima.

Durante un tiempo, me dediqué a recordar lo que había vivido, y a salvar, al menos, las ideas y los sentimientos que consideraba más importantes mantener y transmitir. Queriendo contestar y acercar, verdaderamente, la esencia de estos aprendizajes, decidí elaborar mi propio Ébano, como una responsabilidad innegable, ante toda aquella persona interesada en conocer y abrir su pensamiento.

México D.F., agosto 2004. Aún puedo sentir los tambores dentro de mí. Tam, tarata tam, tam... las vibraciones resonaban en nuestro interior; todo el suelo temblaba; todos bailaban. Hoy subimos, con Marta y Manu, los compañeros de la beca de intercambio que hemos conseguido entre las universidades de Sevilla y México D.F., al cerro de la Virgen de los Remedios, en la periferia de la ciudad. Nos habían dicho que se celebraban unas fiestas y que podríamos ver auténticos bailes «indígenas» —creo que hoy será la última vez que use esa palabra.

Tomamos el camión desde la estación, pasamos por las inmensas barriadas populares de esta ciudad de más de 20 millones de habitantes y un diámetro de 100 km., y tras subir el cerro a pie, llegamos a la iglesia de Los Remedios.

Llevan varios días de festejos pero quizás hoy, domingo, sea el más importante. Cuando arribamos allá, encontramos algunos grupos aztecas que habían empezado con sus ceremonias llenas de atuendos: los había de distintos modos: coloridos, livianos, exhuberantes, sobrios. Bailaban en grupos, en el patio que se situaba frente a la iglesia y el claustro, en un recinto cerrado y elevado, al son de los tambores y alrededor de un centro, en el que yacían el cáliz y el incienso.

Desde nuestra ignorancia, no sabíamos por qué estaban allí, por qué bailaban, qué querían expresar. Desde fuera, lo que nos sorprendía era la superposición de creencias y ritos. Los grupos aztecas se iban concentrando en la plaza de piedra, mientras los peregrinos cristianos, se amontonaban y hacían cola en la puerta de un precioso claustro arqueado, desde el que se accedía al santuario de la Virgen de los Remedios.

El hall de entrada al santuario estaba compuesto por infinidad de imágenes que barrocaamente colmataban las paredes; la imaginería religiosa es muy fuerte acá en México. En contraposición, los grupos danzantes aztecas, no cargaban con ninguna imagen, salvo unos estandartes con el rostro tejido de Jesús. Pensé que aquellas religiones que, como el Islam, no manejan ninguna figura, sólo son posibles en sociedades culturalmente muy avanzadas, por la abstracción que supone. El tamtam de los tambores, que se adentraba en el cuerpo de una manera fácil e intuitiva, también hizo preguntarme el por qué de que en nuestra cultura europea, danza, música y religión no estuvieran ya vinculadas de una manera tan fuerte y natural, como aquí veía.

Observando a los danzantes, nos sentamos en el suelo. ¡El tamtam se transmitía por él!, y a poco que prestaras atención a tus sentidos, sentías vibrar todo el pecho al ritmo de la Tierra y sentías que esa parte nuestra —no tan física— empezaba a elevarse sin razón.

Después de algunos paseos y mucho mirar, me acerqué al clarinetero de una de las bandas de música que, fuera de lugar, tocaba desacertadamente, no por su música, sino por el momento. Era un hombre mayor, con piel arrugada, muy bien vestido, con esas chaquetas clásicas, azul marino, con hombreras rígidas y adornos dorados. Al preguntarle por los bailes aztecas, me dijo que eran grupos que venían desde muchos lugares a hacer reverencias a la Virgen de los Remedios, en una tradición ya antigua.

Seguimos paseando. Salimos del patio elevado de la iglesia y recorrimos la feria de los alrededores, con miles de quiosquitos que, por todo el cerro, se habían concentrado, vendiendo helados con chile, batidos de guayaba, y otras delicias.

Inquietos y emocionados por los bailes y la espiritualidad del lugar, volvimos a la puerta de la iglesia. Esta vez encontramos a un chico joven, que llevaba una flauta azteca —no llegábamos a comprender que ambas tradiciones se mezclaran de esa manera, entre orquestas, peregrinos y danzantes.

Nos dijo que el cerro era un lugar de gran simbolismo y concentración de energía, y que ese era el motivo por el que los grupos aztecas venían aquí. Nos dijo también que en su opinión, aquellos grupos que llevaban el estandarte de Jesucristo, se estaban equivocando, porque estaban mezclando creencias que no tenían nada que ver. Sus palabras nos hicieron pensar en que lo que acontecía no era una mezcla sino una superposición de hilos culturales, religiosos e históricos.

Pero la tarde no concluyó allí, sino que nos regaló un último encuentro. Íbamos ya de recogida, habíamos salido del recinto religioso, y caminábamos cerro abajo en dirección a la parada del camión, cuando vimos a un danzante que reposaba junto a un carro. Se llamaba Masac Tule, que significa ‘ojos grandes de venado’. Tenía el pecho descubierto, el pelo negro, los ojos negros, y la cara, pintada como un antifaz, de negro. Llevaba unas piezas de cuero, y en los pies y tobillos unas botas y los cascabeles, con el que danzan y acompañan a los tambores.

Al verlo, decidí arriesgar y preguntar. Con toda mi arrogante ignorancia, comencé la conversación diciéndole:

— Perdone que le pregunte, los bailes que están haciendo en la plaza, ¿son danzas indígenas?

—¿Indígenas? —me contestó serio. Me miró fijo a los ojos. Supongo que vió a un joven europeo blanco, que inocente y respetuoso, no era consciente de su propia identidad. Su mirada era penetrante. Sus ojos eran oscuros y estaban irritados, como después del esfuerzo y la emoción del ritual. Me observaba con una fría compasión.

—Son danzas aztecas —tras un silencio, me preguntó— ¿de dónde eres?

—De España —le dije.

Entonces, no sé cómo lo hizo pero me habló de corazón a corazón, y me dijo:

—No te ofendas por lo que te voy a decir —no titubeaba para nada. No recuerdo que tan siquiera moviera la boca. Mi memoria tan sólo alcanza a ver sus ojos, su mirada y lo que sentí. Continuó:

—Hace 500 años tus antepasados vinieron acá e hicieron muchas atrocidades a mi pueblo, mataron a mucha gente. Pero entonces nos rebelamos, y por dos veces derrotamos a Hernán Cortes aquí mismo —señalando el suelo—, donde lloró amargamente. Luego nos conquistaron, y construyeron esa iglesia que estás viendo con los resto de una pequeña pirámide que habían destruido. Pero todo este Cerro que aquí ves, todas estas calles, desde abajo hasta la cima, es la pirámide más grande del mundo, más incluso que la de Keops. Por eso nos reunimos acá, no es para venerar a ninguna Virgen sino porque este es nuestro sitio, y en este lugar santo, han bailado todos mis antepasados, desde tiempos inmemoriales hasta hoy.

—¡Claro! —seguí desde mi ignorancia— Es que eso era lo que no comprendíamos... ¿por qué veneran a una Virgen si los aztecas tienen sus propios dioses?

—No. Nosotros sólo tenemos un Dios, que es el mismo que el vuestro y que de todo el mundo, salvo que con distinto nombre. Los demás, son sólo representaciones del fuego, la luna. Lo que pasa es que los antropólogos no tienen ni idea de lo que realmente es.

Tras otro silencio, impasible ante mi vergüenza —histórica, intelectual—, le pregunto de nuevo:

—Pero y entonces ¿esos que llevan los estandartes?

—Ésos son por cuestiones de poder —me contestó—. Lo llevan pero no creen en éso. Son secretos. No hay confusiones. Toda esta gente viene aquí para reunirse con la madre Tierra.

El tren de la vida

El otro día, ordenando algunos libros, encontré un antiguo fascículo de junio del año 2007 de la revista *Afrique Magazine*. Me detuve en los rostros de Sarkozy y de Joseph Kabila, que aparecían en la portada. La abrí, con curiosidad, en este ordenar libros, artículos y fotocopias, que me ayuda a pensar en los últimos días, tras el regreso definitivo de Marruecos.

Después de la editorial, aparecieron dos páginas en memoria de Driss Benzekri (1950–2007): «[...] hombre valiente, militante de extrema izquierda, en la época en la que el rey gestionaba la guerra implacable y cruel contra la resistencia y la disidencia, había pasado más de 17 años en prisión. Este niño bereber quería llevar la revolución proletaria a los douars y la campaña.» «Llamado por el rey Mohammed VI, Si Driss fue el encargado de llevar a cabo la contestado e incontestable IER, Instancia por la Equidad y la Reconciliación.»

Fue entonces, cuando recordé nítidamente la historia del tren de la vida, que nos había ocurrido hacía pocos meses:

El tren de la vida

Un día, de vuelta de Tanger, al descender del tren en la estación de Rabat mi compañera olvidó en el vagón en el que viajaba su ordenador. En él, estaba todo su más preciado equipaje: fotos, recuerdos, archivos personales de su trabajo. Normalmente le acompañaban pocos trajes en sus maletas.

Los responsables de la estación, que se dedican a ella con el valor del oficio de antaño, como si la estación fuera una máquina en sí misma, pendientes de las horas del reloj, y la puntualidad de los trenes, nos atendieron con cuidado y cariño. Ante la preocupación de mi compañera, mostraron paciencia; saben que en la vida, uno propone y Dios dispone; así que tomaron la noticia con rigor, y el encuentro con humor.

Llamaron a la siguiente estación, para que intentaran revisar los vagones. Abdeltif y Mohammed, los responsables, curiosamente recordaban en qué vagón había viajado mi compañera. Decían que sería difícil recuperarlo, porque el tren iba repleto de gente, pero que nunca se sabe. En la maleta del ordenador, estaban también una cámara fotográfica, su agenda y algunos regalos llegados de Argentina.

Tras una hora y media de espera, nos confirman desde Casablanca, la última estación, que el tren está vacío, y que no han podido encontrar nada.

Les dejamos nuestro contacto, con la esperanza de que algo cambiara, y nos fuimos a descansar.

Al día siguiente, nos levantamos y desayunamos con el sol radiante de las mañanas magrebíes. Nos dispusimos a salir, a pesar de la desgana de mi compañera, que andaba de capa caída. Cuando una está fuera de su lugar, un simple ordenador cargado de fotos y documentos personales, puede llegar a significar el refugio más preciado con sabor a hogar.

Salimos dirección a la medina, para dar un paseo y acoger a unos paisanos suyos que habían venido a visitarla y que habían viajado junto a ella desde Tanger. De repente le suena el móvil. *Hallo* —una persona le habla el francés—. Ella no consigue entenderlo, se disculpa y me lo pasa. Alguien tenía su ordenador. Para asegurar su destino, lo tomó del vagón y se lo llevó a su casa; ahora se ponía en contacto con nosotros. Estaba a una hora de Casablanca, en la carretera de Al Jadida. En un gesto de generosidad se ofrece a encontrarnos en un lugar intermedio. Quedamos en la estación de Casaport a las 15 horas.

¡Era un milagro! La sociedad marroquí nos volvía a sorprender; no nos lo podíamos creer. Corrimos a la estación, saludamos a los amigos maquinistas de la noche anterior, y tomamos el tren hacia Casa.

El trayecto lo pasamos hablando, animados por la noticia, maquinando quién podría ser este señor, de voz dulce y educada, que se estaba tomando tal molestia. La vida te regala encuentros y vivencias hermosas cuando menos te lo esperas. Ésta era, a buen seguro, una de ellas.

Llegamos a la estación y nos quedamos esperando. Mirábamos a un lado y a otro queriendo ser los primeros en decir: “es él”. A los pocos minutos, se nos acercó un señor con el maletín del ordenador. Pelo canoso; chaqueta americana, quizás un poco agrandada; pantalón de tela liso; presencia humilde, y una mirada, una mirada iluminada y sonriente. Era él.

Le saludamos efusivos; él se detuvo especialmente en mi compañera, que se había saltado el protocolo y lo había abrazado para saludarle. No sabíamos cómo darle las gracias. En el tren habíamos pensado en si debíamos darle alguna propina; luego vimos que alguien que hacía un gesto generoso como aquel, es alguien que camina por encima del dinero. Decidimos invitarle a comer, y de paso, robarle algunos minutos. Su corrección y su mirada nos había pinzado el corazón. Nos saludó y nos **E n c o n t r ó**.

Entre nuestra admiración y los saludos, aquel señor de luz humilde, nos explicó como había dado con nuestro número. Entró en el ordenador para buscarlo. Revisó los archivos por si había datos personales. Buscando —nos señaló— vio fotos del Ché, de Fidel, y los documentos de trabajo vinculado al desarrollo, al asociacionismo. Encontró entonces la agenda de la maleta, y llamó primero a España, al número que aparecía, que era el de la asociación del pueblo, con la que colaboraba. Como no pudieron entenderle, continuó buscando hasta que dio con el número marroquí.

Le preguntamos cómo se llamaba, y si quería acompañarnos a tomar un té o a comer algo. Se disculpó porque su mujer lo esperaba, pero que con mucho gusto otro día nos acogía en su casa. Fue entonces, cuando echó un guiño cómplice a mi compañera y nos dijo:

—Me llamo Mohammed. Soy ingeniero, y fui militante político. Estuve 17 años en prisión. Ahora estoy jubilado. Es por eso, que al ver el ordenador, sentí curiosidad; me gusta lo que trabajáis en mi país.

Un escalofrío nos recorrió el cuerpo. Nuestros ojos, como ahora mientras recuerdo, se humedecieron. ¡Por Dios Santo! Como ese hombre podía tener esa templanza, esa mirada tierna. Debía tener cerca de 65 años. No supimos qué decir, pero mi compañera y sus amigos sabían muy de cerca lo que significaba vivir bajo una dictadura militar.

Con mucho cariño, nos volvió a invitar a un futuro encuentro en el que discutir sobre desarrollo, política y lo que nosotros quisiéramos. Lo volvimos a saludar, le mostramos todo el agradecimiento y respeto que pudimos, y se despidió de nosotros.

Nos quedamos en silencio, sin movernos, mirando cómo se iba. Tuvimos que levantar la mirada al cielo; desde luego había sido un encuentro con una persona que camina delante de nosotros, a la distancia de los elegidos. Aquella persona, aún teniendo toda la justificación del mundo para revelarse y enfadarse con la vida, había escogido otro camino, el de la paz, el de la Vida.

Nos volvimos a Rabat semicallados, mirando el paisaje, enormemente emocionados y pensando en el sentido de la vida y en nuestros amigos marroquíes, que en estos años, nos estaban regalando continuamente una invitación que no podíamos rechazar. Una invitación a descubrir su historia compleja, su cultura ancestral y su saber estar.

En el camino, recordamos algunos fragmentos de las canciones de *Nass El Ghiwane*, el grupo de jóvenes del barrio *casawi* Carrières Centrales

(‘minas centrales’), que puso música y aliento a las aspiraciones de la sociedad marroquí de los años setenta, y a la toma de conciencia de que el Dorado soñado no llegaría sin sufrimiento.

Fueron un símbolo para todos, para toda la sociedad, porque su origen se hallaba en las raíces de todos los corazones, de los barrios humildes, obreros y valientes que surgían en todas las ciudades de Marruecos. Un símbolo, porque tomaron la música y los instrumentos más allegados a la tradición popular marroquí. Un símbolo, porque sus letras componían las más grandes ideas, los más profundos sentimientos con las palabras sencillas de la calle. Como decía Borges, no queda duda que las milongas son una forma clara de lucha popular.

Aquellos años setenta y ochenta, fueron para África y la Europa comprometida, unas décadas de desilusiones, de bofetadas de realismo. Las independencias no trajeron la libertad y el desarrollo económico, sino la guerra y la hambruna. Las desestructuraciones sociales y económicas provocadas por las revoluciones coloniales, tuvieron consecuencias muy negativas. En Marruecos, la mano dura y firme de su monarca, mantuvo un orden y una estabilidad política referente, aunque a un fuerte precio.

Uno de las figuras más emblemáticas de la historia moderna de Marruecos fue Mehdi Ben Barka, un militante convencido, un pensador del pueblo. Profesor de matemáticas de la casa real, formó parte activa del proceso de independencia, muy cercano al respetado rey Mohammed V. 40 años después de su desaparición, cuando estaba al cargo de la organización de la tercera tricontinental de países no alineados, aún se recuerda, aún se nombra, como la dirección de un camino, que hubiera podido cambiar el diseño de la sociedad marroquí.

Housing without housing

*Housing by people.
Housing without houses.
Housing without housing.*

En 1991, el profesor Nabeel Hamdi guiado por John Turner, sacaba a la luz los resultados de sus trabajos con un libro titulado *Housing without houses*, donde se evaluaban diversas experiencias de producción y mejora de barriadas y asentamientos humanos de todas las latitudes. En él, se recogía una crítica a muchas de estas intervenciones, en las que se acaban instrumentalizando

metodologías, no siendo sensible a la priorización de las necesidades de los habitantes y su derecho a protagonizar los procesos de cogestión y negociación que rigen su futuro habitacional.

En 1963, H. Rudofsky estrenó en el MOMA de New York una exposición llamada *Architecture without architects*. Era un conjunto de fotografías en las que se mostraban arquitecturas vernaculares de todo el mundo; magníficos exponentes de la sabiduría y el buen hacer popular. Esta muestra sacaba a la luz una visión alternativa al pensamiento dominante y elitista de los arquitectos de todos los tiempos, y que Pevsner, un prestigioso historiador, resumía en su *Outline European Architecture*: «un garaje es un edificio; la catedral de Lincoln es Arquitectura».

Estas evocadoras imágenes de las arquitecturas locales, fueron durante mucho tiempo el imaginario de aquellos que buscaron avanzar en diseños y sistemas constructivos con materiales locales de bajo coste y fácil autoconstrucción, apropiados y apropiables para las situaciones de riesgo o exclusión que aparecían en los asentamientos informales de la mayor parte del tejido urbano de las ciudades de todo el mundo

Una década antes, en 1955, John Turner, un arquitecto inglés, se vio involucrado en el análisis y construcción de barriadas en las periferias de Lima, junto a su compañero sociólogo W. Mangin y otros militantes. Fruto de aquella experiencia, consiguió publicar su famoso libro *Housing by people*, en 1971, un año antes del primer congreso internacional sobre Hábitat en Vancouver. El acercamiento de Turner fue distinto al de Rudofsky, centrando sus hipótesis en la importancia del proceso de producción y gestión de la ciudad y la vivienda, y otorgando una posición privilegiada a los habitantes —*people*—. Sensible, y desde el sentido común, Turner fue consciente de la importancia de la consideración de las necesidades, desde la propia prioridad de la gente, y de su protagonismo, no tanto en el diseño, como en la producción integral de la vivienda.

Nuevamente, una década anterior a las experiencias de Turner en Perú, en Estados Unidos de Norte de América (USA) se desarrollaron intervenciones en materia de hábitat y ciudad, que fueron luego lanzadas e impulsadas por todos los continentes, desde la actitud del plan Marshall. En 1945, Charles Abrams, un abogado urbanista publicaba *The future of Housing*, en el que plasmaba su experiencia al frente del ministerio de la vivienda durante las décadas de los treinta y cuarenta. En él se recoge una lectura integral del

problema de la ciudad y el habitar, y una visión fuertemente democrática del deber del Estado y del derecho a la vivienda.

Veinte años antes, en 1925, Walter Petit publicaba en la *National Conference of Social Work* de 1925, un artículo llamado *Case Studies in Community Organization* sobre las intervenciones socioeducativas en barrios humildes y marginales de los Estados Unidos de Norteamérica, en la revelación de una concepción que aún hoy, supone una novedad en varias de nuestras experiencias: «la organización social constituye un esfuerzo consciente de parte de la comunidad para controlar sus problemas y lograr mejores servicios de especialistas, organizaciones e instituciones». Estos trabajos, se realizaron en el contexto de las promociones de viviendas para contrarrestar los efectos de la revolución industrial y urbana, en los intentos estatales para mejorar la gestión de los barrios, utilizando la participación de los habitantes como medio para alcanzar un hábitat durable y saludable. Sus bases metodológicas tomaron el relevo de la pedagogía social que a finales del s. XIX y comienzos del s. XX había surgido como recetas, ante las miserias urbanas y sociales que sorprendían a las ciudades europeas.

A lo largo de nuestra historia contemporánea, fuertemente definida por la revolución urbana, social e industrial, los órdenes establecidos se han modificado, provocando consecuencias afortunadas y desafortunadas para nuestras sociedades. En este contexto, algunos grupos de técnicos involucrados en la arquitectura y el urbanismo han luchado por buscar soluciones a dichas emergencias. Su preocupación los ha lanzado por los márgenes de su disciplina, intentando siempre alcanzar el origen de las pobrezas urbanas. El hábitat ha sido siempre y será un sector transversal y político que toca todas las instancias de nuestras vidas pero que no resulta ser una necesidad primaria, como lo es la salud o la nutrición. Ésto se debe a que el ser humano posee una capacidad enigmática de adaptación física y psicológica a cualquier situación.

En esta cadena histórica de eslabones, donde toda novedad resulta ser un olvido y donde cada nueva aparición resulta ser una revolución, hemos visto las diferentes sugerencias de Rudofsky en su *Architecture without architects*, las de Turner en su *Housing by People*, y las de Hamdi en su *Housing without houses*. Parece que el proceso nos lleva cada vez más cerca de un posible *Housing without housing*, en un paso adelante de nuestra sensibilidad técnica de la consideración

del otro, a quien prestamos nuestros servicios, como un ser integral y protagonista de su destino. Entendiendo que el habitar es una realidad tan inherente al ser humano, que numerosas soluciones aparecerían simplemente desde la espera. La infravivienda no suele ser la causa sino la consecuencia de una situación de desestructuración social, económica o política.

Desarrollo y hábitat au Maroc

Una de las primeras personas que visité para conocer de cerca los proyectos que se estaban realizando en Marruecos en materia de hábitat social y desarrollo fue Max Robin [en adelante, los nombres propios han sido modificados, con la única intención de respetar la intimidad de sus protagonistas], a quien había conocido en unas jornadas sobre este tema, meses antes. Max me recibió en su casa, situada en la Kasbah des Oudayas, un apéndice fortificado de la medina de Rabat. Sus muros esconden misterios sobre ejércitos y piratas, sobre reyes y princesas. Posee un jardín andaluz muy hermoso, abrigado por una antigua y sencilla biblioteca.

La Kasbah des Oudayas es hoy lugar de residencia de numerosos extranjeros, que se enamoran de sus callejuelas azules y blancas, sus rincones luminosos, y la tranquilidad de escuchar los ecos del mar. Es un ejemplo claro de la gentrificación que está sucediendo en las medinas de todo Marruecos, donde los románticos llegados de fuera compran con su dinero y sueños el espacio en el que vivían capas humildes de la sociedad magrebí, que durante las revoluciones urbanas habían encontrado refugio en la okupación de palacios y apartamentos de las medinas históricas.

Sin embargo, Max fue de los pioneros en llegar, hace más de 20 años. Enamorado del mar y la tranquilidad, se instaló primero en una vivienda de alquiler, hasta que finalmente adquirió su residencia actual, una de las casas que se ubican en el punto más alto de la *kasbah*, junto a su mezquita. Desde su terraza se contempla inmenso y solitario el Océano Atlántico, los cementerios de Rabat y Salé con los que se asustaban a las embarcaciones extranjeras, y toda la rívera del Bouregreg, en la que se está llevando a cabo las obras de un complejo y gigantesco proyecto de desarrollo turístico, parte del plan *Vision 2010*, con el que Marruecos pretende mejorar su situación económica y turística, y del que numerosas empresas extranjeras aprovechan para beneficiarse y

ofrecer sus servicios. El crecimiento vertiginoso y excesivamente acelerado de Marruecos sólo es posible, así, a grandes saltos, que requieren poca gestión y grandes capacidades (muchas de ellas no existentes a nivel nacional).

Max sorprende por su sencillez y humildad. A pesar de ser uno de los consultores más reconocidos en Marruecos, responsable de las evaluaciones que desde la Administración pública y otras instituciones de orden internacional, se realizan de los programas de intervención en materia de hábitat social, te acoge y te escucha como un compañero más. Max es bajo, con fauces afrancesadas y pelo canoso, pero con un aire diferente al de la mayoría de sus compatriotas.

En nuestras conversaciones, se mostró abierto e interesado por conocer las referencias latinoamericanas de intervención en el hábitat, así como por la estrategia española de cooperación internacional descentralizada, antítesis del acercamiento francés —y marroquí— en su Administración. Max me acercó referencias históricas y contemporáneas de las experiencias y técnicos más interesantes a visitar. Después de los meses de investigación y conocimiento de las experiencias, me apareció una duda acerca del interés de las instituciones extranjeras en incidir en las políticas públicas de vivienda y ciudad, e insistir tanto en la buena gobernanza y la participación, conceptos que ellas mismas no emplearon cuando Europa se vio sorprendida por la segunda revolución urbana de sus años 60 y 70, y se contestó desde la producción masiva de viviendas.

Curiosamente, me comentaba Max, más del 70% de los proyectos de intervención en barrios con metodología participativa no han funcionado por diversos motivos. La gran mayoría del apoyo externo, en materia de hábitat, se dirige hacia este tipo de experiencias, que defiende un trabajo desde cánones «democráticos» (en la idea occidental de «democracia»). Semanas después, el antiguo delegado del Ministerio de Larache, Mohammed Alallal, me decía que el hábitat y la ciudad se constituyen como un sector transversal, incidente e incidido por numerosos factores de todos los órdenes: políticos, sociales, económicos, jurídicos.

En Marruecos, la teoría y la práctica en el hábitat insalubre son muy recientes. Comienzan a finales de los años 90, con profesionales fuertemente implicados como Fathallah Debbi o Françoise Navez-Bouchanine, que canalizan y evalúan las inversiones extranjeras de cooperación. El problema de los *bidonvilles*, sin embargo, es un problema antiguo, que se remonta a los años de la

dominación francesa y española, con las primeras revoluciones urbanas de las ciudades del Reino de Marruecos, tras la llegada de los primeros éxodos rurales. Por esta época, surgen los primeros grandes barrios de infraviviendas y las primeras actuaciones estatales para su erradicación.

Numerosos geógrafos y urbanistas han estudiado el problema desde entonces. Sin embargo no fue hasta el lanzamiento del programa nacional *Villes sans Bidonvilles* —'PVSB', 2004—, que el gobierno estatal decide intervenir de manera global y contundente. El programa responde a una estrategia nacional de transformación liderada por el joven rey Mohammed VI y su grupo de consejeros, así como la benevolencia y apoyo de los inversores e instituciones internacionales, que ven en Marruecos un modelo referente de encuentro.

Con anterioridad, a finales de los años 80, se crearon organismos específicos para la creación y gestión de medidas de control y erradicación del chabolismo: ERAC, ANHI, etc. Sin embargo, estas instituciones sólo fueron capaces de llevar a cabo proyectos aislados. El PVSB supuso un paso decidido y hacia delante de la Administración central en materia de hábitat, intentando aunar varios esfuerzos para diseñar una nueva periferia. Las herramientas para liberar suelo urbanizable y para disponer sistemas de financiación para los ciudadanos, son referentes y sobrepasan las capacidades desarrolladas en muchos países latinoamericanos. La reestructuración provocada por el Banco Mundial y las necesidades de entidades extranjeras, junto a la estrategia nacional de desarrollo e impulso económico y de modernización de la vida en Marruecos, han sido influyentes en dicho Plan. El impulso económico y laboral que suponen los programas de producción pública de vivienda y ciudad pueden llegar a ser más «sociales» que las propias viviendas.

La elaboración de una teoría y una metodología «moderna» de intervención en materia de hábitat insalubre estuvo ligada siempre a Navez-Bouchanine, geógrafa belga que tras decenas de años trabajando en el desarrollo rural se lanzó al medio urbano. Del 2000 al 2004 se realizaron los proyectos pilotos en Rabat: Kora y Guiche Oudayas. Es destacable que, al igual que las tecnologías de comunicación, se estaba intentando poner en práctica tecnologías *blandas* de desarrollo e intervención sociourbana, que superaban a las experiencias realizadas en los países europeos.

Estas experiencias piloto, y otras en marcha, sirvieron para crear un caldo de cultivo de numerosos técnicos que actualmente continúan en

instituciones cercanas a este proceso, como es el Ministerio del Hábitat, el Urbanismo y la Ordenación del Territorio, NEF, AMSED, ENDA Magreb, etc.

Es necesario apuntar también, que esta teoría «moderna» es en gran medida externa, y que aún no se ha producido una apropiación y transformación necesaria por los agentes y profesionales locales, tanto técnicos como políticos. La gran mayoría de los proyectos que se han lanzado y que han intentado ser fieles a la filosofía del PVSB fueron proyectos en los que participaron instituciones extranjeras.

En la idea de que era posible promover el desarrollo a través de los proyectos de *resorption des bidonvilles*, se lanzaron los dos grandes conceptos que pretendían darle forma: AS ('acompañamiento social') y MOS ('matriz de promoción social'). En este sentido, se lanzaron más de 30 proyectos en los que se intentaron poner en práctica bien la AS, bien la MOS.

En una entrevista, Laila Khoyi, actualmente funcionaria en el Ministerio del Hábitat en Rabat, pero en el pasado, técnica responsable del proyecto Guiche-Oudayas de la Agencia de Desarrollo Social, me comentaba emocionada que en la práctica real nadie hasta ahora ha puesto en práctica los conceptos de MOS., un concepto integral de la sociedad de los barrios. La única experiencia real, continuaba, había dependido directamente de los técnicos sobre el terreno y de su iniciativa personal. Apuntaba además que, mientras el Acompañamiento Social lo sigan financiando las MO ('maitrise d'ouvrage' —Al Omrane, mayoritariamente—), es decir, el promotor, el acercamiento será siempre de instrumentalización de las herramientas de desarrollo.

Éste ha sido uno de los motivos de los numerosos desencuentros. También, en otros casos, la Administración intentó aplicar los equipos de MOS cuando se encontraba con situaciones en conflicto y con difícil solución. En estas situaciones, en las que suele existir un interés político o económico, las soluciones tienen difícil negociación, y no es posible tomar decisiones conjuntas para su resolución.

Un referente lejano, que puede ayudar a visualizar otras formas de trabajo es la figura de la ADER-Fés ('Agencia de *dedensificación* y Rehabilitación de la medina de Fez'), una agencia que, lejos de las reflexiones sobre desarrollo y hábitat, y sin mayores alabanzas teóricas, lleva más de 15 años trabajando sobre el terreno en la medina de Fez, codo a codo con sus vecinos, asociaciones e instituciones diversas. Su receta consiste en la

constancia y en la cercanía con el contexto y sus habitantes, que conocen palmo a palmo.

Por otro lado, en el territorio de Grand Casablanca, la empresa de agua y electricidad LYDEC, está llevando a cabo un trabajo minucioso, constante y convencido de acceso de agua y electricidad a todos los hogares, tanto los barrios informales y autoconstruidos de la ciudad, como los *douars* situados en las inmediaciones de la ciudad. Su experiencia se basa en la garantía de una buena atención al cliente, detectando que en la necesidad, hay una oportunidad compartida, de servir y generar recursos. Lo más destacable de su labor es el equipo del terreno formado por profesionales militantes y con convicción, que se acercan desde lo cotidiano a los habitantes de las periferias *casawis*, y provocan su confianza.

Otro referente lejano a la dinámica que se estaba dando en Rabat y Casablanca, con la acción de la ADS ('Agence de Développement Social') y el resto de organizaciones, fue una experiencia en Tetuán, organizada por el Ayuntamiento de Barcelona, con el apoyo del programa del Banco Mundial *Cities Alliances*, que puso en práctica un interesante triángulo Marruecos-Brasil-España. Un trabajo de formación-acción al que no le faltaron elementos, y que fueron sensibles a la necesaria concienciación, no sólo de los vecinos, sino de los técnicos y políticos. Desgraciadamente esta experiencia no tuvo continuidad ni materialización, con lo que perdió gran parte de su potencial.

El resultado, tras más de 5 años de puesta en práctica del programa PVSB no es del todo satisfactorio, en gran medida por haber lanzado de forma contundente y rápida un programa que se basaba en unos supuestos externos, no apropiados por los actores locales, y casi imposibles en los plazos marcados —el desarrollo y la transformación social requieren décadas de trabajo continuo y comprometido.

Defender la autoconstrucción y la autoproducción, compartir responsabilidades entre el estado y los ciudadanos, considerar situaciones de restructuración de los barrios consolidados, otorgar facilidades jurídicas y económicas para la regularización del suelo o para la financiación de las viviendas —como el programa FOGARIM para familias con recursos irregulares—, son medidas que sitúan al PVSB en una posición privilegiada y referente a nivel mundial.

Aun así, desde el Ministerio, el programa se evalúa contabilizando el número de chabolas demolidas, sin importar la continuación del proceso. Además están encontrando dificultades para

la liberación de suelo urbanizable y para la movilización —sin peligro de «revueltas»— de las poblaciones más sensibles.

Una idea generalizada es estigmatizar a los *bidonvilles*, situándolos como causantes de numerosos problemas, y no como la consecuencia. La velocidad de transformación espacial urbana es varias veces mayor que la velocidad de transformación social, cultural y educativa. Sin embargo, el gobierno central defiende que podrá erradicar definitivamente el chabolismo antes del año 2010.

Para cerrar este breve análisis sobre el hábitat insalubre en Marruecos y las medidas que se están tomando, es necesario ampliar la mirada y entender la realidad actual y la situación de las políticas nacionales en Hábitat social, urbanismo y desarrollo en general.

En Marruecos existe actualmente un déficit de más de un millón de viviendas; déficit que aumenta en 250 000 viviendas cada año. El crecimiento demográfico de Marruecos en 50 años será de 15 millones de habitantes. ¿Hacia qué modelo de ciudad camina entonces? ¿Cuáles son las estrategias de desarrollo urbano? ¿Cuáles son las constricciones económicas y político-sociales que sufre la ciudad y el territorio? ¿Cuál es el rol de la promoción pública y privada en materia de vivienda? ¿Cuál es la situación de la sociedad marroquí para afrontar esta serie de cambios?

Durante los años 60 y 70, España, Francia y el resto de países europeos necesitaron realizar enormes programas de construcción masiva de viviendas para hacer frente al salto revolucionario que se estaba dando en sus ciudades y en sus gentes. Fueron programas que aportaron, no sólo una respuesta a la necesidad de vivienda, sino a la necesidad laboral y de crecimiento económico. Marruecos está llevando hasta el momento una política mixta a medio camino entre Europa, Latinoamérica o Asia. Es un país que está sufriendo una transformación económica y tecnológica vertiginosa, pero que necesita acompañar la realidad de su política y su gente.

A principio de los años 80, tras la segunda revolución urbana, se produjeron unos fuertes altercados en Casablanca, que se replicaron en otras ciudades posteriormente. La bolsa humana de los suburbios se rompió y el orden político se desequilibró. Esto produjo fuertes cambios en la Administración y el gobierno, que actuó con contundencia sobre la población. El Ministerio del Interior pasó a controlar la creación y gestión de todo el espacio urbano, y Gran Casablanca se dividió en varias prefecturas.

Actualmente, tras los reajustes del Banco Mundial y de la economía marroquí, con el cambio significativo que ha supuesto el joven rey Mohammed VI, Marruecos se enfrenta a su tercera revolución urbana, intentando encontrar una ecuación urbana a su medida.

Por suerte, y no sin cierta «cara dura», acabé una tarde tomando un café con el gran pensador de la ciudad marroquí, el director del Ministerio del Hábitat, el Urbanismo y la Ordenación del Territorio, Mohammed Hamdaoui, y el jefe de la División del Urbanismo Operacional y la Renovación Urbana, Reda Mamouni.

Si Hamdaoui tenía las facciones duras, como todas las personas que ostentan el poder político y los puestos de responsabilidad. Piel oscura, gastada, ojeras pronunciadas, fuerte cráneo y mirada contundente.

Su despacho tenía un fuerte olor a tabaco. Estaban tomando café. Se levantaron para abrirme la puerta e invitarme a compartir con ellos la tertulia.

La tensión se dispó en cuanto el director tomó la palabra, después de mi pobre presentación que intentaba explicar por qué estaba sentado frente a ellos. Era de esas personas con labios volátiles, a las que cuando hablan, los dientes parecen salirse de la boca, en un gesto que crea confianza. Urbanista en su forma de expresarse, usaba las manos para describir la ciudad, para caracterizar los flujos, los movimientos, los ejes de centralidad, las nuevas necesidades de la ciudadanía.

«El gran problema del PVSB es que se centra en una consecuencia y no en las causas. Quiere tapar el dolor sin sanar la enfermedad.» «Nuestra mirada, como urbanistas, es más amplia y transversal; necesitamos anticiparnos a la evolución de nuestra sociedad, prever sus necesidades.» «La ciudad debe darles respuesta, adaptarse a las necesidades de la gente, y no viceversa.»

«En los últimos años, nuestro empeño está en que el resto de ministerios se coordine: trabajo, educación, sanidad.» «Por ejemplo, actualmente el Estado gasta 25 000 MAD por parcela y 40 000 MAD por apartamento, para paliar la necesidad de vivienda. La política es invertir en piedra; estamos centrados en la cantidad, en el número. Nosotros pensamos que las políticas deben cambiar y dirigirse a la persona, no a la piedra. El estado podría promover vivienda y el ciudadano elegir dentro de las opciones. La gente debe participar, ser protagonistas de su cambio. Obligarles a moverse, no tiene sentido.»

Para el director, la mirada integral era esencial. Decía que para qué sirve construir un barrio si no tiene colegios o no está bien comunicado con los medios de transporte. Decía que si un barrio de chabolas está integrado en la actividad de la ciudad, sus habitantes ganan y generan beneficios, trabajan, estudian, es entonces un barrio positivo.

La verdad es que sorprendía escuchar a un hombre con tal responsabilidad hablar de imaginación, de creatividad como factores esenciales de la buena gestión. Entre café negro y finas frutas escarchadas, me decía que la prioridad de la ciudad no es la vivienda sino el ciudadano, y en ese sentido el PVSB fallaba. Es tecnócrata.

A cada idea que me regalaba, pensaba en cien preguntas que hacerle sobre nuestra historia, sobre la construcción masiva de viviendas en la posguerra europea, sobre el concepto de propiedad privada latino y los modelos nórdicos u holandeses, sobre el cambio cultural que supone la urbanización de la sociedad marroquí, sobre la revolución industrial, las revoluciones urbanas y la polis de Ítaca, sobre el por qué de la aparición de la miseria en el medio urbano, frente a la pobreza rural.

«Actualmente —apuntaba— se dice que tenemos un déficit de un millón de viviendas —unos 4 millones de personas viviendo en infraviviendas—. Se estima que en quince años, la población urbana va a crecer en 15 millones, una necesidad por venir de unos 4 millones de viviendas nuevas. ¿No deberíamos estar pensando en esto, anticipándonos?»

La ciudad es política, es cómo se gestiona, quién toma las decisiones. En un estado libre como el que actualmente intenta construir Marruecos, la configuración de la ciudad juega un papel esencial.

Agradecido, interesado, sorprendido, me despedí del despacho del director de la dirección de urbanismo, pensando en la facilidad que existe en Marruecos para encontrarse y discutir. Marruecos tiene ideas; Marruecos tiene capacidad; posiblemente tan sólo requiera tiempo, algo que el Capital se empeña en comprimir.

La compre(n)sión de la historia

En Marruecos todo se ve, todo se toca. Los saludos son saludos, y los abrazos son abrazos. La comida se come; el suelo se pisa; los olores se

huelen. Todo parece ser nítido, real. En Occidente, en cambio, últimamente estamos tendiendo a frivolar la racionalidad de la vida; y sin quererlo nos alejamos de ella.

Recuerdo la primera vez que saludé a mi amigo Djibrilla, un ingeniero del norte de Camerún, que vino a Marruecos gracias a una beca de estudios de la Agencia de Cooperación Internacional de la Universidad de Rabat. Alto y esbelto, bello como todos los *peaul*, te suele mirar curioso y cálido, protegido tras el cristal de sus gafas.

Los cameruneses que he conocido en Marruecos se saludan estrechándose la mano, agachando la cabeza y tocándose sien con sien, en ambos lados. Es un saludo lleno de arte y belleza. Pero, aquella noche que invitamos a Djibrilla a cenar a casa, yo no lo sabía, desconocía todo sobre el arte africano. Como era la primera vez que nos encontramos, y supongo que sensible al hacer europeo, nos presentamos y me dio amigablemente la mano. Sin embargo, lo hizo de una forma totalmente diferente a como lo solemos hacer los blancos.

Cuando me dio la mano, me dio la mano. Al yo intentar estrechar su mano y luego apartar la mía, sentí que su mano no se apartaba, sino que se deslizaba sobre la mía, siendo sensible al tacto de mi mano. La primera sensación fue extraña, porque no estamos acostumbrados a que nos toquen, que nos toquen de verdad, sintiendo con toda la palma, saboreando el tacto, mirando con la piel a quien te saluda.

Con el tiempo, fui aprendiendo a soltar amarres, y cada vez que nos fuimos saludando fue más regocijante, descubriendo el sentir de los cameruneses. Sin embargo, aún guardo la sensación de aquella primera vez que Djibrilla, me dio la mano.

Con esta sensación de tocar y vivir de los saludos que se va descubriendo en Africa, de igual forma, en Marruecos, se ve la Historia. Aquí, la Historia se siente, se ve, se palpa. Aquí, la Historia se percibe con más claridad; posiblemente también porque, en ocasiones, la mirada lejana y sin prejuicios de un extranjero, facilita ciertas percepciones.

Marruecos, como España, ha sido invadido sistemáticamente por múltiples civilizaciones. En los márgenes de los territorios de pueblos e imperios, han sido el campo de experimentación del descubrimiento de los misterios y ambiciones de las culturas más dichosas. Por ellos han pasado las grandes civilizaciones del Mediterráneo; desde ellos han partido las grandes expediciones hacia lo desconocido. Así es nuestra historia, y así se puede ver en el Magreb.

Paralelo al mar, y levantándose en todo lo largo del longitudinal territorio marroquí, como una espina dorsal, se encuentra el gran Atlas. Este sistema montañoso protege al territorio fértil del crecimiento arenoso del Sáhara. Sus imponentes montañas recogen los coletazos de las borrascas atlánticas, y vierten con hermosos ríos, el agua dulce caída del cielo. Desde Ouarzazate y sus hermosos valles, puertas del Sahara, se ven, esplendorosas, las blancas y nevadas cimas del Atlas. Hasta ellos, bajan los ríos que llenan de palmerales y *kasbahs* sus riberas.

Hacia estas montañas de protección fueron a refugiarse las poblaciones *amazigh* de las invasiones árabes que, como buenos urbanitas, desarrollaron las ciudades de su imperio a pie del sistema montañoso: Fez, Marrakech, Tetuán. Desde estas posiciones estratégicas, controlaron todo el territorio, llegando en los momentos de esplendor hasta las orillas del río Níger; sin embargo, las montañas del Atlas permanecieron siempre prácticamente libres, por inhóspitas y peligrosas.

La monarquía hoy reinante, perteneciente a la última dinastía árabe, los alauitas, es procedente de Arabia Saudí, y en el siglo XVII se estableció en el Magreb. Ellos fueron los gobernantes que hicieron frente y negociaron contra la última invasión del territorio marroquí. A finales del siglo XIX llegaron las colonias europeas, como un poder y unos recursos de explotación, nunca antes vistos.

Si los *amazighs* se protegieron en las montañas, los europeos necesitaron de la costa para instalarse y expandirse, ya que el interior, a través del sistema de ciudades históricas (Fez, Mekinés, Marrakech y Tetuán), les resultaba incómodo. En ellas, con una sociedad llena de valores identitarios y culturales, existió y se forjó siempre una resistencia. De esta forma surgieron las ciudades de Rabat, Casablanca, Tanger... puntos estratégicos portuarios, donde embarcaban los nuevos y potentes barcos de vapor.

En la actualidad, si uno toma un coche y viaja transversalmente por el territorio marroquí, de la costa al interior, en 12 horas de trayecto, puede pasar por las tres grandes bandas históricas: la costa de la colonización, las fértiles ciudades árabes y los poblados montañosos y del Sáhara *amazigh*. En doce horas podrá hablar tres lenguas, descubrir tres culturas y comprobar que en Marruecos el tiempo y la historia se tocan con los dedos de las manos.

Un español, y especialmente un andaluz, al vivir y comprobar esta visión, no puede evitar preguntarse, desde nuestra similitud, y mirando a

nuestro territorio de frente ¿en qué serranías aún resisten los *amazigh* del Al Andalus?

Sin embargo, el sentir de la historia, no termina ahí. Recorriendo las ciudades, particularmente las costeras, se puede evidenciar claramente cómo en Marruecos, su proceso histórico se ha comprimido en el último siglo. En ellas, en los últimos ochenta años, han eclosionado las características de la revolución industrial y social: la rotura de los cánones culturales, sociales y políticos, los cambios de forma de vida, la transformación de la sociedad liderada por los principios hegemónicos de una Economía monetaria y una clase trabajadora asalariada, que consume a la vida, transforma el tiempo, pero que ofrece comodidades y ventajas irrechazables, como es la estabilidad alimenticia o la mejora sanitaria.

Los últimos tres siglos de historia de Europa y EE.UU. se ven comprimidos en el último siglo de la historia marroquí. Además, al ser una imposición, y un sistema de organización, producción y comprensión desde claves externas, existe una natural resistencia, lo cual hace evidenciar aún más los cambios y las imposiciones.

La dualidad marroquí árabe-*amazigh*, urbano-rural, y el actual éxodo masivo a las ciudades desde las poblaciones rurales, marcan también fuertemente los cambios que se están produciendo en la sociedad, fruto de las consecuencias de la entrada del sistema capitalista, y de su cosmovisión pragmática del tiempo y la vida.

Los sistemas tradicionales de gobierno y creencia, las estructuras sociales y familiares, los lazos culturales de gran riqueza y con un innegable valor ancestral, se están perdiendo en pro de la creación de empresas, la construcción de hospitales, escuelas, carreteras, el control de epidemias, la nutrición sana y abundante.

La revolución industrial, la introducción de la tecnología en todos los ámbitos de la producción, la revolución urbana, la revolución social consecuencia de la democratización de la vida; todas y cada una de las transformaciones que implica entrar en la carrera contemporánea por el capital, se ven reflejadas con una nitidez singular en las ciudades modernas marroquíes.

Desde esta claridad, un europeo o un estadounidense del norte de América, debe reconocerse en el proceso histórico marroquí, como doble protagonista: siendo consciente que en Europa y EE.UU. hemos sufrido un proceso similar —aunque desde nuestras propias claves culturales e históricas—, y en segundo lugar, que posteriormente lo hemos expandimos por el mundo.



En Andalucía, mitad europea, mitad africana, es posible remarcar dichos cambios y evidenciar aún algunas resistencias a un sistema externo que se impone.

Recordando de nuevo a mi amigo Djibrille, subyace la duda de si en otros tiempos, los occidentales saludábamos como lo hace él, tocando con las manos, oliendo los olores y abrazando con los abrazos. También aparece la gran pregunta que hoy se preguntan muchos marroquíes y africanos: ¿hacia dónde vamos?, «¿fin radi bia huoiá?» que cantaba *Nass El Ghiwane*. ¿Hacia dónde nos lleva esta ola de cambios, que nos aleja de mucho de nuestros valores pero que nos acerca nuevas y desconocidas ventajas para nuestro pueblo? Desde luego es una pregunta difícil, sabiéndose consciente que no pertenecen al grupo de países que lideran el proceso y sustentan el poder. Que Dios nos ayude, a saber escuchar a los grandes y débiles sabios que aún viven en el territorio africano. Que Dios nos ayude, a no agotar las gotas de sensibilidad ancestral que aún existen en nuestra cultura europea.

Medinas y viviendas

En Marruecos, a pesar de estar tan cerca de Europa, medinas y artesanos sobreviven aún milagrosamente a los impactos del capitalismo y la industrialización.

A finales del siglo XIX se produce la entrada cruel y sin escrúpulos de los imperialismos, tras la primera derrota histórica del ejército marroquí en su territorio —los caballos y la estrategia nada pudieron hacer contra las ametralladoras francesas y los cañonazos desde los barcos de vapor holandeses—. Esto produjo una revolución enorme en todas las estructuras existentes marroquíes: sociales, políticas, económicas y urbanas.

Las artesanías y los linajes comerciales saharauis y magrebíes comenzaron a no ser rentables y, como resultado, comenzaron a modificarse las estructuras sociales y económicas. Además, las grandes ciudades empezaron a dar cobijo y consuelo a los campesinos que buscaban la seguridad del jornal y mejores atenciones. Aparecieron también los nuevos burgueses y los bufones de los europeos, que se beneficiaban de favores y corrupciones en esos años de incertidumbre. Todo estaba cambiando.

Las medinas, estructuras urbanas en equilibrio desde siglos anteriores, comenzaron a colmar sus hermosos jardines, a densificar sus espacios

libres, a crecer verticalmente, sobre y bajo cualquier resquicio de espacio, mientras, fuera de sus murallas, a terreno abierto, comenzaban a construirse los primeros campamentos militares occidentales, hospitales y cementerios de campaña, y algunas dependencias de la nueva dominación:

«El artesano mercantil que prosperaba bajo la forma de corporación, fabricando objetos comunes de cuero, metal, madera, cerámicos, productos alimenticios o ropa, se arruinó por la llegada de los viajeros comerciantes que venían a buscar objetos, y que llevándose pruebas, volvía con copias realizadas en fábricas en serie, y vendidas más económicas» (Lugan, 2000:209)

Pero como si esta situación de caos producida por la entrada del salvajismo industrial, no hubiera sido suficiente, ésta era la lectura de los cronistas europeos (y con ella, de la opinión pública y política):

«El inicio de siglo vino entonces con el comienzo de un periodo problemático que los extranjeros analizaron como anarquía debido a la incapacidad soberana de un lado, y al fanatismo del Islam que rechaza todo progreso, del otro. La palabra «xenofobia» aparecía sin cesar bajo la pluma de los cronistas europeos de la época» (Lugan, 2000:226)

Es necesario tomar conciencia y no olvidar que los gobiernos que hoy promueven el apoyo a la salvaguarda del patrimonio arquitectónico y artesanal, ayer estaban siendo los responsables de su exterminio.

En la intervención en la medina de Fez, referente nacional por su dilatada experiencia y por el valor de su contexto, el apoyo del Banco Mundial y otras instituciones internacionales ha sido muy significativo. No sólo se han recuperado edificios de un enorme valor patrimonial sino que se han fomentado la reactivación de las actividades artesanales, tanto dentro como fuera de ella.

El desarrollo turístico ha sido la última revolución, que aparentemente trae riquezas, pero que nuevamente distorsiona la sociedad y sus espacios. Uno de los grandes hándicaps del desarrollo y la intervención de las medinas históricas de Marruecos es la vivienda. Ninguno de los programas establecidos ha intervenido en ella, y en todos, se ha provocado una gentrificación, es decir, el

abandono de los habitantes de la medina por la entrada de la especulación y los extranjeros.

No debemos olvidar que esto ocurrió en sentido inverso hace décadas. Uno de los factores del declive de la medina de Fez fue el éxodo de las familias notables hacia los lugares de prosperidad económica como Casablanca, o hacia los nuevos barrios europeos de las afueras de la medina.

En aquel entonces los palacios vacíos fueron ocupados por nuevos habitantes, que lo subdividieron y encontraron un lugar en el que vivir. La medina, espacio lleno de romanticismo y belleza para unos, es lugar de humedades e infravivienda para otros. Unos sueñan con lo moderno, y otros con lo pasado.

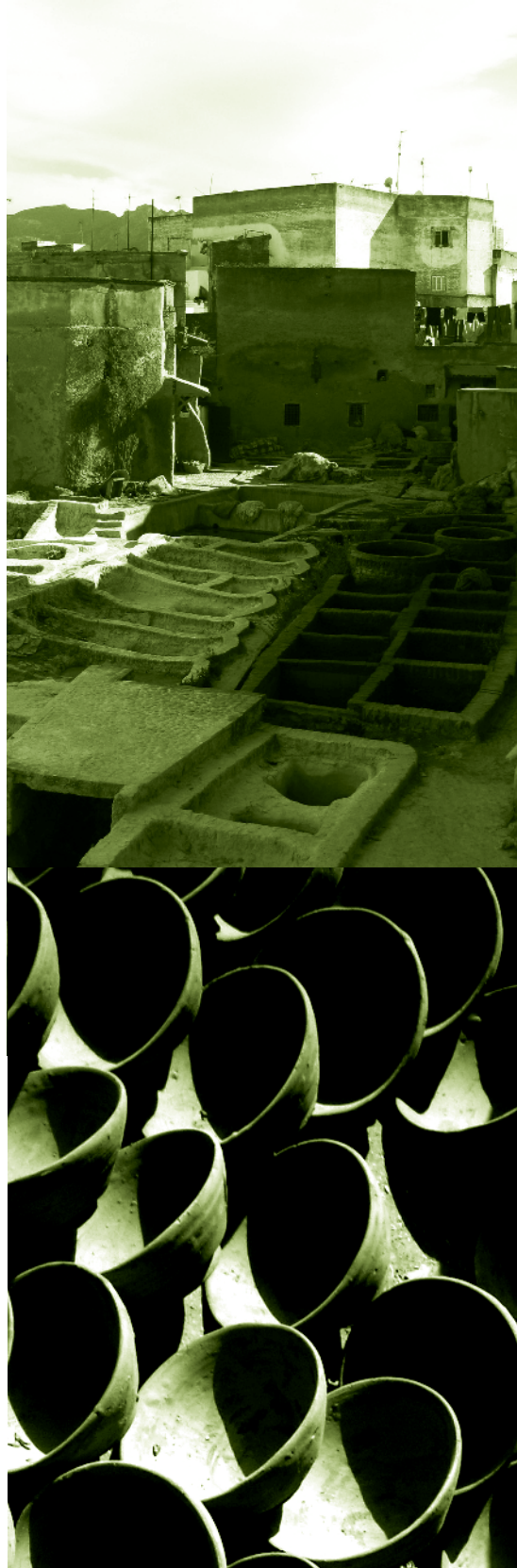
En todo caso, el trabajo que ha realizado la ADER de la medina de Fez, es el referente mayor, en materia, no sólo de restauración de monumentos históricos sino de viviendas económicas. Porque el tejido de la medina de Fez, es una red heterogénea y unida, en la que si cae una vivienda, en cadena, caen el resto contiguo. En las medinas, conviven muro con muro, palacios, madrasas y viviendas; los unos sin los otros, no son posibles.

Así, en sus más de quince años de existencia, han lanzado varios programas de intervención en vivienda con diferentes niveles de acción: algunos de carácter preventivo (terrazas y saneamiento) y otros de seguridad (muros, apuntalamientos, etc.). Su secreto es la constancia y la proximidad.

Aparte de la experiencia de Fez, que no está exenta de dificultades de todo orden, principalmente políticas, existen otras iniciativas en el territorio marroquí en materia de intervención de los tejidos históricos. En todas ellas existe un rasgo común: concebir por separado el patrimonio arquitectónico de sus habitantes. Sólo en pocas ocasiones, los habitantes que viven en las medinas y las *kasbahs* no son descendientes culturales de aquella sociedad que fue capaz de crear estos espectaculares ejemplos patrimoniales.

En este sentido, ha habido algunas intervenciones remarquables, como los casos de Marrakech y Essaouira. Desde la red *Rehabimed* se hizo una experiencia interesante en Marrakech con la rehabilitación de tres casas palaciegas ocupadas por numerosas familias. Parte de un proceso formativo internacional, se realizaron experiencias de diseño participativo y de adecuación a las necesidades de las familias. Al mismo tiempo se recuperó el patrimonio, y se aseguró su continuidad, junto al entramado histórico contiguo.

En Essaouira, se ha aplicado la metodología de la *Agenda 21* para intervenir en su me-



dina, muy desarrollada también por el turismo. Su apuesta fue integral, desde una concepción socioeconómica y urbana. Su escala y su impulso turístico, facilitaron la labor y mostraron que el hábitat se asegura con una sociedad con recursos, y organizada.

Existen otros ejemplos, de menor calado, lanzados por las municipalidades —como en el caso de Tetuán, donde se han rehabilitado 20 viviendas— o unos primeros casos de rehabilitación del tejido residencial lanzados por la empresa pública *Al-Omrane*, dentro del programa nacional *Villes sans Bidonvilles*. Sin embargo, la sensación es de que está todo por hacer. Las instituciones y los técnicos no tienen una concepción clara y homogénea de cómo intervenir, tanto a nivel institucional, como técnico, jurídico y financiero. Las autoridades por su parte han dado un nuevo impulso político y económico, y esperan ver pronto resultados.

Seid Abziz, director técnico de ADER, comentaba las dificultades de su actividad profesional, y su visión sobre el patrimonio y la cooperación internacional. Según Abziz, los problemas siempre vienen por parte de la Municipalidad, que es incompetente e interesada. No comprendía por qué la cooperación requiere en múltiples ocasiones pasar obligatoriamente por la municipalidad.

«El gran problema es que las instituciones tienen demasiado dinero, pero no tienen técnicos con formación y experiencia. Se hace mucho y se piensa poco. No necesitamos dinero.»

«La sociedad anónima (ADER) no es la solución, hay que buscar algo distinto. El problema de *Al Omrane* es que su único interés es el beneficio, y en la medina, la base es la cultura. Además, la lógica de *Al Omrane* es distinta; sus técnicos cambian continuamente, y así no hay capitalización de la experiencia.»

«La ADER no trabaja lo social, aunque si etablan negociaciones. Tienen un mediador social, conciben en su programación los tiempos necesarios para hacer partícipes a la población pero no tienen una metodología específica. Reconocen que inicialmente partían de principios tecnócratas que han tenido que ir corrigiendo al enfrentarse a la realidad.»

«Los políticos no son personas ilustradas, el patrimonio no interesa.»

Desde una confianza personal, se quejó con resignación de la actitud de la cooperación internacional y de sus técnicos, que vienen sin conocer el contexto, llenos de prejuicios. Abziz se quejaba que tenía mejores consideraciones profesionales

fuera de su país, que entre sus compatriotas; y se llevaba las manos a la cabeza cuando veía como en el único máster en patrimonio de la única escuela de arquitectura pública de Marruecos (ENA de Rabat), la gran mayoría del profesorado es procedente de Francia, y desconoce descaradamente la realidad local.

Habitar y gobernar

Recorriendo el complejo y diverso territorio marroquí, con su inmensas contradicciones, uno es más capaz de reconocer los pasos de la historia. La oposición permanente entre el campo y la ciudad, entre las ciudades históricas y tradicionales, y las nuevas metrópolis emergentes en la costa, de Fez a Casablanca, de los barrios informales de chabolas a los barrios de villas acomodadas, de los barrios de los ensanches europeos de la época colonial a las medinas, todo parece remarcar algo que es común en todas las latitudes: el control y la organización territorial, la capacidad de gestión y organización política de las civilizaciones está intrínsecamente ligada a su desarrollo urbano. Las Polis en su viaje a la isla de Ítaca, configuraron la necesidad de organizarse más allá de las claves tribales.

El Hábitat social y el desarrollo urbano son cuestiones que preocupan fuertemente a las autoridades marroquíes, especialmente tras los atentados de Casablanca del 2004, en el que dos jóvenes de barrios informales de periferia se inmolaron junto a la Casa de España de dicha ciudad.

Éste fue un detonante que ocurrió, con causa, en un momento sensible e importante del contexto nacional e internacional, y que las instituciones extranjeras entendieron como una alarma en la que intervenir. El razonamiento que realizaron fue el siguiente: si los terroristas (de Occidente) proceden de los barrios de chabolas, erradiquemos entonces los barrios de chabolas —como si estos asentamientos fueran la causa de algo.

Este acercamiento simplista, pero real, se suele maquillar con las teorías de desarrollo humano y la capacidad de movilización de los barrios y sus comunidades. Fruto de esta dialéctica, en ocasiones perversa, estas iniciativas sociales acaban siendo instrumentalizadas, y las posibilidades de desarrollo humano se desvanecen. Al fin y al cabo, ¿quién está interesado en Marruecos en que la sociedad civil se organice?

Desarmadas las izquierdas, la única oposición firme y organizada son, curiosamente, las

organizaciones de carácter religioso. La autoridad, de corte tradicional —musulmán y nacional—, aunque abierta al desarrollo económico neoliberal, encuentra como único adversario a los «islamistas», que conciben que la organización política y económica no responde a los principios básicos del Islam. Estas organizaciones poseen una reputación popular muy positiva, por su trabajo serio y organizado, lejos de las fuertes corrupciones de las municipalidades actuales.

El peligro latente de este movimiento, con sus expresiones más radicales en los extremismos, reside en la memoria de Argelia o Irán, siendo éste primero el enemigo número uno del régimen de Mohammed VI.

Sin embargo, estas transformaciones en las políticas de vivienda y ciudad, consecuencia de hechos sociales, no sorprende a Abderahmen Rachik, politólogo e investigador, que en 1995 escribía *Ville et pouvoir au Maroc* ('Ciudad y poder en Marruecos'), un libro en el que recogía los cambios en las políticas urbanas y de control tras los levantamientos populares de 1950 y 1980 en Casablanca.

El primero de ellos fue en el contexto del fin del protectorado y las configuraciones de los planes de ordenación de la ciudad. Casablanca hacía frente a su primera revolución urbana, en la que se crearon numerosos barrios de infravivienda y en la que los órdenes sociales y políticos se mutaron.

Las manifestaciones de 1980 fueron fruto del desbordamiento social y económico de las clases populares, que no pudieron soportar las crisis económicas y laborales. Con el agua al cuello, la gente se manifestó de forma espontánea y el orden social tuvo que restablecerse con contundencia.

Estas expresiones sociales tuvieron claras y fuertes respuestas desde las autoridades, que sintieron perder la organización del pueblo. Más allá de las medidas en la ordenación de la forma de la ciudad, con la construcción de grandes avenidas, que facilitarían la movilización de militares y el control social, tras las manifestaciones de 1980 se produjeron cambios en la gestión política de la ciudad: los ayuntamientos vieron reducidas sus competencias, las agencias urbanas y el Ministerio del Hábitat y el Urbanismo pasaron a depender directamente del Ministerio del Interior, y en Casablanca, se crearon nuevas prefecturas que permitieran mantener el nivel de control detallado de las periferias.

En los últimos días asistí a una conferencia de un doctor arquitecto en el Colegio de Arquitectos de Cádiz, sobre la revolución urbana en la China actual. Nos describió la situación de las ciu-

dades del gigante asiático en la atención de que jamás en la historia moderna se había producido una transformación social y económica, como la que estaba aconteciendo en China.

Nos habló de la cultura, revolucionada pero fuertemente tradicional y simbólica, nos acercó la forma de ciudades y edificios, la organización urbana de las ciudades y muchas cifras. Sin embargo, no nos habló de política, y de lo vinculado que está la ciudad a ella.

En muchos aspectos, concebía paralelismos con Marruecos, por su condición de transformación social, por su resistencia desde la tradición. Recordé mis conversaciones con mi amigo Koen, un politólogo belga, compañero en Rabat, que intentaba poner en pie el panóptico de Foucault en el marco del desarrollo urbano marroquí, y la lucha social por el derecho a la ciudad. El delegado del ministerio del Habitat de Larache me solía recordar que el sector del hábitat es un sector transversal, perteneciente e influyente en todo; Nourdinne, presidente de la asociación de vecinos con la que trabajé varios años defendía siempre que lo importante era erradicar la cultura de las chabolas de las cabezas de los vecinos.

En estos años en Marruecos, como arquitecto y urbanista, la mayor parte del tiempo ha consistido en recibir *inputs* que me pedían abrir las fronteras de la imaginación y descubrir lo ligado que está el árbol a sus raíces, los ríos a las montañas y la ciudad a la isla de Ítaca.

Cooperación y conciencia

Desde las instituciones internacionales (europeas, dominantes), se están proponiendo, en la actualidad, la participación y la buena gobernanza, como herramientas esenciales para el cambio y el desarrollo.

Muchas de las prácticas vinculadas a estos conceptos subyacen de las teorías, entre otros, de Paolo Freire, pedagogo brasileño de los años 60 y 70, para quien la toma de conciencia de nuestra identidad y nuestra historia, es un paso básico para alcanzar una actitud liberadora en nuestras vidas.

Sus ideas, provenientes de la pedagogía social de la Europa en crisis de finales del s. XIX, están aún vigentes, de una u otra forma, en la mayoría de las intervenciones de cooperación internacional al desarrollo. Los gobiernos locales y nacionales de los países «receptores» «aceptan» muchas de estas líneas de pensamiento y acción,

y las apoyan con vagas inyecciones. Los principios de Freire y de la Educación para el Desarrollo consisten en liberar al oprimido, en despertar su conciencia: conciencia de clase y conciencia histórica, y reconocer y valorar su saber popular, siempre avergonzado ante el saber moderno. Responder con claridad a las simples preguntas «¿quiénes somos?», «¿qué queremos?», y «¿cómo podemos conseguirlo?» es clave para la satisfacción de las sociedades.

Sin embargo, la mayoría de los países «en vías de desarrollo» focalizan, con razón, sus esfuerzos hacia el puro desarrollo económico y comercial, luchando por mantener y no caerse del ritmo de los poderosos. Para las autoridades, es ahí donde reside el pan para mañana y no en la educación liberadora.

En estos contextos de desarrollo y cooperación, especialmente en el caso de Marruecos, por su situación social y política, en crecimiento económico y con un gran arraigo cultural, ocurre un doble y curioso fenómeno: por un lado, las instituciones extranjeras de todo índole, intentan defender sus ideas más allá de la realidad de sus sociedades. Por otro lado las sociedades «receptoras» o «beneficiarias», no protagonistas, se ven invadidas por una serie de ideas y prácticas, que no son las suyas, y que en numerables ocasiones, se les imponen en pro del desarrollo, obviando la dominación cultural que representan.

Para la ONU, las ONG y las Agencias, la gran receta de la felicidad es la democracia. Tras 50 años de experiencias, han visto —o les han hecho ver— que el asistencialismo con el que intentan parchear el declive global y esconder la explotación de los países poderosos a los desfavorecidos, es pan para hoy y hambre para mañana.

Actualmente necesitan nuevas teorías para seguir mintiendo y omitiendo que la ONU, las ONG, las AXCI, y todos nosotros, europeos, somos parte de un mismo bando, porque son nuestros gobiernos quienes nos subvencionan, y son nuestros gobiernos quienes se nutren indirecta o directamente de las empresas que sí participan en dicha actividad.

Nuestra falta de conciencia de quienes somos, curiosamente es unidireccional, es como un cristal ahumado. Ninguno de nosotros se siente responsable de la explotación actual de los recursos naturales planetarios (en tierra de otros), ni de las consecuencias nefastas de las colonias, ni de las invasiones sistemáticas de otros países. Éso es agua pasada, en la cual no hemos participado.

Sin embargo, si preguntamos a cualquier persona de cualquier barrio popular de Marrue-

cos, sabe perfectamente que el mundo se rige por la ley de la selva, y que nosotros los blancos europeos, somos los leones de la Economía —incluidas, por supuesto, las ONG y la ONU—. Es posible, que bajo su ley ancestral, aquella por la cual «no solo de pan vive el hombre», ellos sean los leones de la vida.

Para aquellos que estamos interesados y convencidos del desarrollo justo y la convivencia de los pueblos, necesitamos defenderla como la receta de la felicidad, en esa actitud capitalista de querer imponerla al otro, aquí y ahora —pero por su bien, claro está.

Leyendo la prensa europea, por ejemplo, uno se admira de ver lo orgulloso que nos sentimos al anunciar que en tal o tal país africano se han celebrado elecciones democráticas. Mi amigo Alex, un joven ingeniero proveniente de Mokolo, Camerún, e instalado en Rabat, me decía: «mientras la gente tenga el estómago vacío, ¿en qué crees que van a pensar?». Para ejercer una buena política, la gente debe tener el estómago lleno. Si los niños recorren kilómetros para ir a la escuela o alcanzar un pozo de agua, ¿cómo van a pensar en democracias?

Aún así, Alex había seguido con vitalidad las elecciones de EE.UU.; para él, Obama es un símbolo de un cambio y de un sueño. Me contó una vez algo que le ocurrió en el colegio. Alex fue el mejor estudiante de su provincia; por eso pudo acceder a una beca para ir a Marruecos. Los hijos de los gobernantes son los que obtienen las becas para ir a Francia. Alex recordaba que, teniendo diez o doce años, el profesor de historia les contó la historia de la esclavitud y cómo ésta se había dado en Camerún. Alex, se indignó, y empezó a hablar en su lengua materna, el dialecto local, al profesor que siempre les hablaba en francés en clase. Alex le protestaba porque estaba contando una historia que le dolía, y además una historia vista desde los ojos de quienes compraban los esclavos, y contada desde la lengua de ellos. El profesor le increpó, y Alex volvió a preguntarle en su lengua natal, por qué les hablaba francés. El profesor lo echó de la clase. Fuera, entre sollozos, me dijo Alex, comprendí cuales eran las reglas de juego.

En otra ocasión me dijo ante mi pensamiento siempre idealista: «ésto no es como antes, como cuando nuestros padres lucharon por la independencia. El sistema es capitalista. Yo sólo puedo pensar en salvarme yo, y luego, los demás». «Mi felicidad pasa por ser libre, por no ser un pobre africano que tiene que pedir, que tiene que sufrir. En caso de peligro, quiero poder

escaparme a EE.UU., Europa o donde quiera.» «Tú, no sabes de lo que te estoy hablando; es necesario que vengas a Camerún.»

«Tú quieres encender mi llama nacionalista, pero yo solo, no puedo cambiar nada. Si voy con un discurso así, la gente me va a matar; bien sea mi propio gobierno, la gente con poder; o bien los europeos que van a pagar a alguien, un hermano mío, para que me mate.”

Sentados en una pizzería junto a la avenida Mohammed V, frente al antiguo Centro Cultural ruso, hoy local de la hamburguesería McDonald's, pensaba «¿qué es una democracia?». Y pensaba en los consejos tradicionales —*schamae*— de los *douars* (asentamientos rurales) del campo marroquí, un ejemplo claro, de buena y sana gobernanza, que han prácticamente desaparecido por la introducción de los sistemas modernos de gobierno. ¿Por qué se impone un modelo externo de organización? ¿Cuál es el precio? ¿Cómo apropiarse de un sistema que proviene de unos valores culturales y vitales diferentes? Defendemos unas elecciones democráticas pero no nos sentimos responsables de la pérdida y la desorientación que provocamos en otras sociedades, de culturas ancestrales. En ocasiones, el remedio es peor que la enfermedad.

En una ocasión, asistimos a unas jornadas de reflexión sobre el hábitat social, organizadas por la CGD ('Casse de Gestión et Dépôt pour le développement'), en mayo de 2008. Sin que nadie lo pusiera en duda, por el desarrollo, se celebraron en francés. Asistieron diversos políticos y técnicos del Magreb y de Senegal; ningún vecino o vecina, verdadero protagonista del hábitat social, estaba presente.

Me llamó la atención uno de ellos: francés, profesor de universidad, grueso, con perilla grisácea y limpias gafas. Hablaba de la gobernanza local con gran convicción, como si fuera el credo del siglo XXI. Escuchando su discurso, firme y lleno de referencias a escritos y proyectos, no pude evitar pensar que «¿quiénes nos creíamos defendiendo algo que en nuestra casa no existía, y que en su mayor parte, se sostenía a costa de otros, y de un estado de bienestar que a todos ha callado y dormido?»; «¿serían nuestras democracias y nuestra Unión posibles, si el estado de bienestar y la hegemonía económica cayeran?». Pues entonces, ¿qué veníamos a contar?. En el mundo de las utopías, las palabras van demasiado delante de las acciones.

En todo este tiempo en Marruecos, siempre he pensado, probablemente por estar tan cerca y

tan lejos de casa, que ¿cuánto nos enriquecería si aplicáramos las prácticas y las teorías del desarrollo humano en nuestras sociedades? ¿cuánto necesitaríamos tomar conciencia de nuestra historia reciente y antigua, de nuestra identidad, y de nuestras diferencias culturales, de la misma forma que los promovemos en el desarrollo de países empobrecidos? Si nuestra sociedad europea viviera bajo los principios liberadores de Paulo Freire, posiblemente, no habría necesidad de ir a fuera, a defenderlos, porque el otro, ya no sería un oprimido.

No estaría de más frenar algunas de nuestras inercias modernas, siempre en crecimiento y movimiento, siempre en el ahora, tan lejos del saber estar y esperar de las culturas ancestrales.

Mr. Alí

Al nuevo delegado del Ministerio del Hábitat de Larache, nos gustaba llamarle Mr. Alí, en un gesto cariñoso y respetuoso. A nosotros nos gustaba sentirnos estudiantes, y a él profesor. Era un maestro de las historias; tenía anécdotas para cada suceso o cada pregunta que le hacíamos. Había recorrido Marruecos entero, bajo el marco del ministerio y los cambios urbanos y territoriales profundos que el país lleva registrando desde hace años.

Abdelkader Saïd Alí había venido a Larache, la ciudad en la que se desarrollaba el proyecto de mejora de un barrio de infraviviendas en el que trabajábamos, para paliar la situación de la ciudad, enclave portuario y agrícola, que para muchos constituye un Marruecos dentro de Marruecos.

Sus calles están llenas de caos, obras y suciedad; gente, carros de caballos y arenas por todos lados. En ocasiones, entre este caos se alza un nuevo y gigante edificio de viviendas, que duplica en altura a sus colindantes. Suele ser un asunto del presidente de la Municipalidad, un negocio. Curiosamente, en el sistema bicefal marroquí, la política democrática, elegida por la gente, es corrupta y desastrosa, en lo general; y la política dictada, es formada y trabajadora, con una cierta conciencia y orgullo nacional.

Otra curiosidad es que estos grandes edificios de viviendas, que en Larache irrumpen en el *skyline* del ensanche y medina histórica de la antigua perla del Atlántico, se suelen construir sobre los terrenos que se liberan tras la destrucción de antiguos cines y teatros, que en la época de la colonia española, se llenaban y atraían a los mejores artistas, y que ahora, yacen vacíos y olvidados por la nueva sociedad.

Mr. Alí es un rabatí profundo, con rasgos saharauis. De formación dura y disciplinada, a los seis años era capaz de recitar perfectamente el Corán. Hijo de militar, que a buen seguro tuvo que librar, como él, algunas batallas raciales, Mr. Alí estudió en la escuela coránica antes de entrar en el colegio y el instituto militar, y realizar su formación universitaria en la Escuela Nacional de Arquitectura, única escuela pública marroquí, reservada para la aristocracia y alta burguesía, y para las mejores cabezas del pueblo llano.

De mirada profunda y soñadora, con ojos siempre húmedos y expresión cálida, a Mr. Alí le encanta disfrutar de los encuentros. Obediente y convencido, cree en el deber público del Estado y en su servicio a la sociedad marroquí y a su realeza.

Es de tez negra y tiene una disfunción motriz, pero sin embargo, ha llegado muy alto. Lo que más sorprende de él y de la lucha que ha librado por superar sus designios, es que a pesar de cumplir con sus metas, disfruta del camino, sin necesidad de defender o proteger ninguna posición o poder. Es sin duda, uno de los iluminados anónimos.

Una mañana fui a visitarlo a su despacho. Mi visita era a buen seguro inoportuna; no sólo por mi talante, de joven europeo seguro y convencido de sí mismo, sino porque le esperaba una agenda apretada. Sin embargo me atendió y conversamos sobre el proyecto, que por aquel entonces era el centro de nuestras vidas, y que para él, era un granito de arena, *le petit pain* de Larache y del programa de erradicación del chabolismo de la ciudad.

Recuerdo que estando sentados, me ofreció un té que estaba sobre la mesa, y al preguntarme qué tal estaba le contesté que estaba un poco frío. Se destornilló de risa, por mi inocente respuesta. No se esperaba aquella sinceridad.

Al poco tiempo de estar sentados apareció Hassouni, ingeniero y funcionario de la delegación que llevaba más de 20 años trabajando. Él le traía documentación para revisar y firmar, y aprovechamos para charlar algunas cosas sobre el proyecto. Hassouni y Ahmed eran los dos técnicos responsables de la delegación, que estaban al cargo de los proyectos que el ministerio gestionaba. Sus despachos siempre me sorprendían. Parecían grandes y vacíos, desde mi idea de despacho. Tenían una gran mesa, algunos dosieres —con algunas referencias externas escritas en árabe rápido— y un ordenador antiguo —de nuevo «antiguo» para mi idea de antigüedad.

Mr. Alí, en un gesto que no entendí hasta el final de la jornada, me invitó a que me quedara en el despacho. Me lo dijo sin prestarle mayor atención, pero estoy convencido que era un nuevo ejercicio que me planteaba el profesor. Al poco tiempo, de llegar Hassouni, apareció por el despacho un señor mayor, muy bien ataviado, con chaqueta americana y pantalones lisos, y pelo gris. En un árabe, que por aquel entonces comenzaba a entender, muy correcto, con expresiones a *fuzha* —árabe clásico—, se dirigió a Mr. Alí. Él le atendió con igual cordialidad, pero con cierta distancia, para como acostumbraba a acoger a los invitados. Aquel señor era un abogado privado, con el que el ministerio debía negociar para conseguir liberar nuevos terrenos.

La entrada del capitalismo en el territorio marroquí a principios del s.XX fue una revolución en muchos sentidos, y uno de ellas fue la especulación. La liberación de suelo del Mahzen —la autoridad, quien poseía el derecho de todos los terrenos— para la propiedad privada tuvo consecuencias radicales, como fue la aparición de una nueva clase social burguesa, con un poder extremadamente más elevado al que con anterioridad habían poseído los grandes comerciantes de los tiempos del Sultán.

Aquel abogado, con su actitud de fuerza y poder, era consecuencia de todo aquello, con el agravante además, que la administración de la colonia española no fue todo lo exhaustiva en su trabajo de lo que hubiese deseado, quedando muchísimas lagunas por inscribir. Esas lagunas, junto a la yuxtaposición actual del derecho francés y el derecho tradicional coránico, hacen que la necesidad de encontrar terrenos para ordenar el crecimiento de la ciudad y realojar a los habitantes de los barrios de chabolas de Larache sea una tortura. Y a esa tortura debe enfrentarse Mr. Alí, como escollo fundamental a salvar, para liberar terrenos y cumplir con los plazos del *Programa Nacional de Erradicación del Chabolismo*, que espera para el 2010 eliminar todas las «barracas». En Larache, entre el 2004 y el 2008 se había ejecutado únicamente el 30% del programa, motivo por el cual había llegado el nuevo delegado.

La visita del abogado fue corta, tensa pero llena de buenos modales y cordialidad verbal. Discutieron levemente; el abogado le dejó unos documentos, y se despidieron. A su partida, Mr. Alí me explicó de qué se trataba ese asunto, y quién era ese abogado que acababa de irse, representante de numerosas familias, y un oportunista de la especulación urbana.

No transcurrieron cinco minutos sin que apareciera por allí Mr. Alaoui, el delegado de la empresa pública del suelo marroquí *Al Omrane Holding* en Larache. A él lo conocíamos, porque eran los responsables de nuestro proyecto, y nos habían abierto la puerta a trabajar junto a ellos, con sus fondos, y sus constricciones. Nos saludamos, y rápidamente comenzó a discutir con Mr. Alí sobre un proyecto que estaban planificando en la periferia de Larache, un proyecto de pericucción, en el que construir viviendas de nivel alto y parcelaciones para realojos de los barrios chabolistas. Un gran proyecto para el que el ministerio, responsable de la gestión, necesitaba liberar suelo y coordinar los pasos a seguir. En los dos años que llevaba como arquitecto responsable de nuestro proyecto en Larache, no había escuchado hablar de este crecimiento; y peor aún, no era consciente de las preocupaciones de nuestros *partenaires*.

Al poco tiempo, apareció Camille Omar, una arquitecta belga, casada con Abdellah Omar, un arquitecto marroquí, mano derecha del gobernador, un político bien asentado, y vinculado siempre con la cooperación internacional. Todos los grandes proyectos de Larache pasaban por sus manos; y el nuestro, también lo fue. Abdellah Omar fue quien nos abrió la puerta de Larache, y quien nos condujo como un lazarillo, hasta el barrio, en el que estábamos trabajando. Así que cuando apareció Camille fue una sorpresa grata, porque me sentía en un lugar conocido, pero en una posición más cómoda, la de mero observador. Me fijaba en la forma de hablar de Camille (mujer, esposa, arquitecta, europea, rubia, que no habla árabe después de décadas en Marruecos). No negociaba su proyecto sino que luchaba ante Mr. Alí y Mr. Alaoui, que posiblemente veían en ella muchas más cosas que las que yo por aquel entonces sabía —qué significaba ser la mujer de Abdellah Omar, hoy perteneciente al gabinete del primer ministro Al Fassi.

La verdad es que estaba alucinando con aquella mañana en la delegación. Mr. Alí trabajaba con todas las escalas de la ciudad, desde lo pequeño como era nuestro barrio, a lo territorial y jurídico, pasando por las grandes periferias. Empezaba a concebir el lugar que ocupaba nuestro proyecto en el hecho urbano de Larache, un grano de arena que para nosotros era nuestro pequeño planeta.

Alaoui y Camille se marcharon, y no pasaron de nuevo ni cinco minutos, que aparecieron por la delegación los acompañadores sociales, las personas que se encargaban de hacer el seguimiento diario y constante de los proyectos y los barrios,

las personas que coordinaban la documentación a presentar y gestionar por la delegación. En Marruecos, a falta de números y códigos de barra para controlarlo todo, la cercanía es crucial para que los proyectos sigan su curso.

Le comentaron que había unas familias de uno de los barrios que habían ido a la delegación porque estaban descontentas con la solución que el programa les ofrecía. El programa de erradicación del chabolismo, en muchas ocasiones, es concebido por la población como una lotería. El Estado le ofrece una parcela a un precio simbólico, y en ella puede construir una edificación que significa una vivienda para varias familias, y un negocio en planta baja. Necesidad y negocio se tejen en las periferias como una soldadura en la que para atender a unos otros se aprovechan. En este caso, el conflicto residía en la *cohabitación*. Cuando varias familias viven en una chabola, ¿qué se les ofrece, una o varias parcelas?

Mr. Alí los hizo pasar a la sala de reuniones. Unos diez vecinos, Hassouni, los dos acompañadores sociales y el propio delegado se sentaron en una misma mesa ovalada, ocupando una de sus mitades. Fueron ellas las vecinas, mujeres gruesas de edad avanzada y fuerte carácter, quienes tomaron la palabra con energía, para expresarle al delegado su protesta. Mr. Alí escuchaba respetuosamente. Aquella situación me recordó a los conflictos que tuvimos en el barrio por los mismos motivos, y las reuniones que realizamos para solucionarlo. Nuestra impresión era la misma que sentía en aquella mesa, que quien se arriesga a protestar así, es porque no tiene el agua al cuello. Quienes realmente tenían necesidad, lo poco les basta.

Mr. Alí escuchó y tomó la palabra. Discutieron, dialogaron, y al final pusieron fin, sin un acuerdo claro, pero reconociendo que habría posibilidades de negociar.

Al final de la reunión me despedí de Abdelkader Saïd Alí y le di las gracias por aquella clase magistral que había sido pasar una mañana con él. Sentí vergüenza por nuestra actitud, la de mi asociación y la de nuestros proyectos, de seguir exigiendo a las autoridades, a pesar de todo lo que nos daban. Fue una toma de conciencia de la complejidad del hecho urbano y su gestión.

Mulay Mohammed Khattabi

A Mulay Mohammed Khattabi, el último maestro de Chefchaouen, se le puede encontrar todos los

días en el café que está frente a su mezquita, justo antes del atardecer. Allí me llevó su hijo, que trabaja en la Municipalidad, especializado en asuntos islámicos —Chefchaouen fue durante mucho tiempo una ciudad sagrada, donde el acceso de extranjeros estaba prohibido.

En un andaluz profundo Mulay Mohammed Khattabi me describió su historia. Es originario de la zona de Beni Arrouz, descendiente de Mulay Abdeslam, que a su vez era descendiente de Mulay Idriss I y del profeta Mohammed.

Estudió en la Escuela de Artes y Oficios de Chefchaouen, aunque los secretos del arte andalusí se los enseñó su madre, de apellido Al Granadi, que aún guardaba los libros y la sabiduría de sus antepasados.

Participó en todos los trabajos que se han realizado en la rehabilitación de la medina, promocionados por el Ministerio de Cultura y la Junta de Andalucía. Los trabajos los dirigió Youssef Choukri, arquitecto, antiguo delegado de cultura y hoy responsable en la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional.

Principalmente trabajó en la rehabilitación de los pavimentos urbanos tradicionales, en la rehabilitación de la Casa de la Cultura, antigua Escuela de Artes y Oficios, y en la rehabilitación de la *kasbah* de Chefchaouen.

Me decía que él era andaluz, y que el espíritu de la ciudad era andaluz. Que las casas no poseían patio porque cuando los primeros moradores se instalaron en ella, pensaban que sería una cosa provisional. Lloraban por la tierra que dejaban atrás.

También, cuando visitamos la antigua *kasbah*, y vimos el gran hueco que existe en su jardín, me dijo que nadie sabía, pero las inscripciones que se habían descubierto en las bóvedas que soportan el jardín, eran de los romanos.

Así fuimos recorriendo la ciudad, y así tomamos un té con sus compañeros en la plaza de Utman, frente a su mezquita, que hoy dirige ya retirado de toda actividad. Me decía un dicho andaluz entre sonrisas, «lo que mal empieza, mal acaba». También me decía: «todo lo que ves, es un cuento. Sólo existe Dios, y nada más».

Entre el té y su sabiduría, me regaló algunos secretos como maestro artesano: los enfoscados en tierra y cal se hacen con cinco partes de tierra y dos de cal, y con la tierra del lugar. En la zona de Chefchaouen hay dos tipos de tierra: *hamara* y tierra caliza (amarilla-crema). En la torre —me decía—, la hicimos con tierra caliza, y luego la pintamos con tierra *hamara*.

Días después, al ver los trabajos y los usos cromáticos en los pavimentos urbanos, me preguntaba hasta qué punto era un oficio tradicional y auténtico, como defendía Mulay Mohammed. Llamaba la atención, porque defendía el estilo propio chefchaouní, frente al de Tetuán o Fez.

Continuaba que para preparar bien la mezcla es conveniente esperar a verano. Entonces se hace un hoyo de dos metros de profundidad, se mezclan la tierra y la cal y se dejan reposar. Se coloca una piedra encima y cuando está disuelta, dos meses después, se quita la primera capa y se utiliza en el resto en los enfoscados.

Su hijo, Mohammed, es teólogo, maestro sufí. Con él discutimos sobre política. Me preguntaba por qué los españoles nos fuimos y no hicimos como los franceses, que mantuvieron vínculos con los poderes. Cuando los españoles se fueron, los puestos de mando los ocuparon gente del sur —recordé un artículo que había leído sobre la acción militar de Hassan II en el Rif, y como explicaban la sensación de humillación de los rifeños en los primeros años de la independencia, cuando los nuevos poderes, marroquíes del sur, con aires afrancesados, les imponían el sistema de educación moderno, o desvelar a las mujeres en los actos judiciales, cuestión que con los españoles no ocurría.

Mohammed me habló de los *aroobía*, la gente del campo, desprestigiada por las culturas de las montañas y de las ciudades históricas. Kenitra, Rabat, Casablanca... fueron los lugares donde proliferaron con más fuerza las colonias europeas, lejos de las ciudades con fuerte cultura e historia como Fez, Marrakech o Tetuán. «Fez tiene la universidad más antigua de África.»

Como el *mâalem* Khattabi y su hijo, encontré numerosas personas en Tetuán y Fez que se reconocían como andaluces. El orgullo con el que lo decían me sorprendía y me rasgaba las vestiduras preguntándome «¿quién eres?». Recuerdo en una ocasión, que me invitaron a sentarme en el zaguán de entrada del Foundouk Tetuaní de la medina de Fez. Entre las viejas estructuras de madera de la construcción, los libros amontonados en el patio de una editorial que trabajaba en uno de los bajos, y unas inmensos tapices colgados de las balconadas aún no rehabilitadas, bromeaban conmigo, con mi aspecto, parecido al suyo, —más ahora, que llevaba una fina barba—. Me decían: no debes olvidar que tienes siglos de historia islámica en tus venas. Yo les bromeaba diciéndoles que no debían olvidar ellos tampoco que en sus venas recorrían un mismo número de siglos de

sangre andaluza; porque los accidentes amorosos siempre han existido.

Así, riéndonos, pasamos buenos momentos, en el humor y el amor por la conversación que caracteriza a los paisanos marroquíes o andaluces.

Conversaciones con Nourdinne

Si con algo tuviera que quedarme, sería con unas palabras que me dijo Nourdinne, en una noche de verano en Larache, mientras nos despedíamos. Habíamos estado hablando sobre nuestras penas en silencio, sobre los cambios en nuestras vidas, sobre el proyecto que nos unía, sobre los últimos años. Nos habíamos abierto, después de tanto tiempo; rudo y tonto de mi, que se empeñaba en hacer verdad una idea a base de corazas de ladrillos. Rudo y tonto de él, que callaba y lloraba en la oscuridad.

El era un joven maestro de una escuela rural de Larache, y el presidente de la asociación de su barrio; los mayores, en consejo, lo eligieron para defender sus derechos de permanecer en las tierras que les habían dado cobijo hace más de 80 años.

Después del té y el paseo, se dirigió hacia su barrio, aquel que le vio crecer, aquel que su familia forjó, aquel que no tenía nombre, aquel que soñamos con reconocer. Al final de la calle del cine de Larache, se volvió mientras lo miraba y me repitió estas palabras alzándolas al cielo y abriendo sus brazos: «¡Ale! ¡Abre la puerta!»; la puerta del corazón, la puerta de la cabeza, la puerta del alma, la puerta de nuestro Ser. No te quedes en lo que eres, en lo que crees, en lo que ves, en lo que piensas. «Abre la puerta y entra».

Masac Tule en ciudad de México, Margarita en las calles sin hogar de Sevilla, Nourdinne en Larache; todos estos encuentros en mi vida, tuvieron un mensaje común en forma de pregunta, en forma de exhortación.

Que así sea, que no volvamos la cara ante el mundo que nos espera. Y que Allah nos ayude. ▲